

# Poesía de Fina García Marruz

Reseña biográfica de Fina García Marruz.

Poeta cubana nacida en La Habana en 1923. Publicó sus primeros poemas en la década de los años cuarenta haciendo parte del grupo «Orígenes» al que también pertenecía su esposo Cintio Vitier.

En 1961 obtuvo el doctorado en Ciencias Sociales dedicándose desde entonces a la investigación literaria, colaborando con distintos medios en el campo de la poesía, el ensayo y la críticas literaria. Su poesía ha sido traducida a diferentes idiomas obteniendo varios galardones entre los que se destacan: «La Orden Alejo Carpentier, la medalla «30 Aniversario de la Academia de Ciencias de Cuba», la «Medalla Fernando Ortiz», «El Premio de Poesía Pablo Neruda» en 2007 y el XX Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en 2011.

Entre sus publicaciones figuran: «Visitaciones» en 1970, «Viaje a Nicaragua» en 1987 y «Créditos de Charlot» en 1990 con el que obtuvo el Premio Nacional de la Crítica en Cuba.

A aquel vago delirio de la sala...

A aquel vago delirio de la sala  
traías el portal azul del pueblo  
de tu niñez, en tu silencio abríase  
una lejana cena misteriosa.  
Cayó el espeso velo de los ojos  
y al que aguardó toda la noche abrimos.  
Partía el pan con un manto de nieve.  
Con las espaldas del pastor huiste,  
cuando volviste el rostro era la noche,  
todo había cambiado y sin embargo  
en la granja dormían tranquilas las ovejas.

Al despertar...

Al despertar  
uno se vuelve  
al que era  
al que tiene  
el nombre con que nos llaman,  
al despertar  
uno se vuelve  
seguro,  
sin pérdida,  
al uno mismo  
al uno solo  
recordando  
lo que olvidan  
el tigre  
la paloma  
en su dulce despertar.

Ama la superficie casta y triste...

"Sé el que eres"

Píndaro

Ama la superficie casta y triste.  
Lo profundo es lo que se manifiesta.  
La playa lila, el traje aquel, la fiesta  
pobre y dichosa de lo que ahora existe  
Sé el que eres, que es ser el que tú eras,  
al ayer, no al mañana, el tiempo insiste,  
sé sabiendo que cuando nada seas  
de ti se ha de quedar lo que quisiste.

No mira Dios al que tú sabes que eres  
-la luz es ilusión, también locura-  
sino la imagen tuya que prefieres,  
que lo que amas torna valedera,  
y puesto que es así, sólo procura  
que tu máscara sea verdadera.

Cine mudo

No es que le falte  
el sonido,  
es que tiene  
el silencio.

Cómo ha cambiado el tiempo...  
Amigo, el que yo más amaba,  
venid a la luz del alba

Cómo ha cambiado el tiempo aquella fija  
mirada inteligente que una extraña  
ternura, como un sol, desdibujaba!  
La música de lo posible rodeaba tu rostro,  
como un ladrón el tiempo llevó sólo el despojo,  
en nuestra fiel ternura te cumplías  
como en lo ardido el fuego, y no en la lívida  
ceniza, acaba. Y donde ven los otros  
la arruga del escarnio, te tocamos  
el traje adolescente, casi nieve  
infantil a la mano, pues que sólo  
nuestro fue el privilegio de mirarte  
con el rostro de tu resurrección.

Como un romano  
Quién sirve  
como un romano  
-ese monarca  
natural- una cena?  
A quién no merma  
jamás su oficio  
sino alegría?  
Rey, Guerrero,  
Oficiante,  
y Padre siempre.  
Quién  
-como si mandase-  
sirve una copa?

Cruz de palomas

Para Isabel, que me enseñó la basílica de San Clemente

(Mosaico del ábside, s. XII)

Creíamos que la cruz  
era sólo de amargura  
y ahora vemos las palomas  
poblando sus travesaños.  
(Verdad que es en San Clemente  
y en el siglo de María.)  
La cruz echa las raíces  
de donde, en círculos magos,  
nace la vida; los ciervos  
beben el agua brotada  
del Dolor; bajo su fronda

los hombres y las mujeres  
se afanan en sus oficios,  
y por las tablas nocturnas,  
blanquísima, las palomas  
caminan. Es su jardín.

Cuando el tiempo ya es ido, uno retorna...

Cuando el tiempo ya es ido, uno retorna  
como a la casa de la infancia, a algunos  
días, rostros, sucesos que supieron  
recorrer el camino de nuestro corazón.  
Vuelven de nuevo los cansados pasos  
cada vez más sencillos y más lentos,  
al mismo día, el mismo amigo, el mismo  
viejo sol. Y queremos contar la maravilla  
ciega para los otros, a nuestros ojos clara,  
en donde la memoria ha detenido  
como un pintor, un gesto de la mano,  
una sonrisa, un modo breve de saludar.  
Pues poco a poco el mundo se vuelve impenetrable,  
los ojos no comprenden, la mano ya no toca  
el alimento innombrable, lo real.

Del tiempo largo  
A veces, en raros  
instantes, se abre, talud  
real y enorme, el tiempo  
transcurrido.

Y no es entonces  
breve el tiempo. Como el pájaro

al elevarse abarca con sus alas  
un diminuto pueblo o costerío,  
la inmensidad de lo vivido arrecia,  
y se mira remoto el ayer próximo,  
en que el pico ávido bajaba  
en busca de alimento.

¡Qué eternidad  
de soles ya vividos! ¡Y qué completa  
ausencia de nostalgia! Para crecer  
se vive. Para nacer de nuevo  
y rehacer la mala copia original.  
Para crecer, se sufre. No se quiere  
volver atrás, ni tan siquiera al tiempo  
rumoreante de la juventud.

Que no para que el rostro  
luzca lozano y terso se ha vivido.  
No para atraer por siempre con el fuego  
de la mirada, no con el alma en vilo,  
por siempre se ha de estar.

De cierto modo  
la juventud es también como una cierta  
decrepitud: un ser informe,  
larva, debatíase, qué peligrosamente  
amenazado. Se vivió. se salió,  
quién sabe cómo, del hueco,  
de la trampa:

valió el otro  
del bosque de la vida, el pleno encanto  
de los claros del sol entre lo umbrío  
para pagar su precio: lo tanto  
costó poco; poco el sufrir inmenso  
para esta dádiva: al rostro  
orne la arruga como el pecho la cinta coloreada  
de un guerrero  
o como al niño la medalla premia

por la humilde labor.

Como el avaro  
el peso de un tesoro, encorva  
la espalda anciana el peso  
del vivir.

Mas ya, arriba,  
a la salida, ya, se mira  
hacia atrás sonriendo, renacido,  
como agrietada cáscara el polluelo,  
ya se van desligando las amarras,  
del extraño navío, y como novio trémulo  
locamente lo incierto hace señales.  
costó dolor, muerte costó, la vida.  
Y al tiempo, breve o largo, siempre corto,  
como el relámpago del amor, se le mira  
ya sin recelo ni amargura  
como a las heridas de la mano, en el arduo  
aprender de su oficio,  
contempla el aprendiz.  
Bella es toda partida.

El que solía visitarnos, el que era...

El que solía visitarnos, el que era  
de todos más amado, suave vuelve  
a la sala sencilla, cada día  
más real y más leve, ya de humo.  
¿Cuándo tocó la puerta? No podemos  
recordarlo. Estaba allí, estaba!  
Y no se irá jamás ni puede irse.  
No nos trae la memoria las palabras  
del adiós. Sólo podrá volverse  
por la puerta de un ruido, de un llamado

de ese mundo que borra, ignora y vence.

Huésped me fue palabra misteriosa...

¿No sentías que ardía tu corazón  
cuando nos hablaba de las Escrituras?

Los peregrinos de Enmaús

Huésped me fue palabra misteriosa.

Huésped es el que viene de muy lejos,  
de algún pueblo que nunca habremos visto.

Huésped es el que viene por la noche,  
toca la aldaba de la puerta y todo  
el umbral resplandece como nieve.

Huésped es quien se sienta a nuestra mesa  
sólo por una noche, y no se acierta  
sino ya a oír lo que su boca dijo.

Huésped es el que alegra con su rostro,  
y alumbra con sus manos nuestro pan,  
y no logramos recordar su nombre.

Huésped es el que ha de partir, al alba.

Italia

En Roma,

la Madona.

En Florencia,

la Doncella.

La Pasión,

en Venecia.

Amica mea.



La Pietà de Miguel Angel

A Dinorah

Ay, es como una luna,  
esos delgados miembros sostenidos  
por la madre, ahora poderosa,  
más allá del dolor.  
La mano sosteniéndolo la arruga  
levemente la piel bajo los hombros.  
La otra, de reina, parece que mendiga.  
No llora ya: ofrece al Hijo  
que quisiera mecer,  
a su pequeño inmenso  
que quiso lo inaudito.  
Ay, es como la fina  
luna menguante.

Los extraños retratos

Ahora que estamos solos,  
infancia mía,  
hablemos,

olvidando un momento  
los extraños retratos  
que nos hicieron.

Hablemos de lo que tú y yo,  
por no tener ya nada,

sabemos.

Que esta solitaria noche mía  
no ha tenido la gracia  
del comienzo,

y entré en la danza oscura de mi estirpe  
como un joven tristísimo  
en un lienzo.

Mi imagen sucesiva no me habita  
sino como un oscuro  
remordimiento,

sin poder distinguir siquiera  
qué de mi pan o de mi vino  
invento.

En el oscuro cuarto en que levanto  
la mano con un gesto  
polvoriento,

donde no puedo entrar, allí me miras  
con tu traje y tu terco  
fundamento,

y no sé si me llamas o qué quieres  
en este mutuo, extraño  
desencuentro.

Y a veces me parece que me pides  
para que yo te saque  
del silencio,

me buscas en los árboles de oro

y en el perdido parque  
del recuerdo,

y a veces me parece que te busco  
a tu tranquila fuerza  
y tu sombrero,

para que tú me enseñes el camino  
de mi perdido nombre  
verdadero.

De tu estrella distante, aparecida,  
no quiero más la luz tan triste  
sino el Cuerpo.

Ahonda en mí. Encuéntrame.  
Y que tu pan sea el día  
nuestro.

No, no, memoria del pasado día...  
No, no, memoria del pasado día  
vengas sobre este sol y césped santo.  
No vuelva yo a invocar refugio tanto  
de lo que así se crece en despedida.  
Quédeme tu intemperie y mi porfía  
de caer, de volver de nuevo a alzarme,  
no la raída pasamanería  
que alza mi polvo y que tu luz deshace.  
No me hartes de mí que hartazgo tanto  
no soporta mi poca luz vencida.  
Mas mi ayer fue tu hoy: no halle quebranto.  
Volver a lo pasado no es mi ruego...

¿Pero y aquel aroma de la vida?  
Retenga su promesa, no su fuego.

¡Oh vosotras, lámparas del otoño!

Here is a wind where the rose was

Walter de la Mere

Oh vosotras, lámparas del otoño,  
más fragante que todos los estíos!  
¿Por qué ha de ser aquel que devenimos  
con el tiempo, más real, menos efímero,  
que aquel que fuimos a tus luces pálidas?  
¿Por qué el polvo desierto, la agonía  
junto a las armas bellas, quedan sólo  
del resplandor de la victoria? Lejano  
es todo vencimiento. En otro espacio  
sucede, más allá del moribundo  
rostro que hunde la gloria y deja ciego  
junto al viento que lleva las banderas  
espléndidas que huyen.  
Fiera es toda victoria.

Qué caprichosa y exquisita mano...  
¿Qué caprichosa y exquisita mano  
trazó, eligió ese gesto perdurable,  
lo sacó de su nada, como un dios,  
para alumbrar por siempre otra alegría?  
¿Participabas tú del dar eterno  
que dejaste la mano humilde llena  
del tesoro? En su feliz descuido  
adolescente ¿derramaste el óleo?

¿Qué misterio fue el tuyo, instante puro,  
silencioso elegido de los días?  
Pues ellos van tornándose borrosos  
y tú te quedas como estrella fija  
con potencia mayor de eternidad.

¿Quién no conoce ese sendero en sombras...

Since I have walk'd with you through shady lanes...

Keats

¿Quién no conoce ese sendero en sombras,  
ese continuo hablar, interrumpiéndose  
el uno al otro amigo, en el gozoso  
diálogo hasta la puerta de la casa,  
servida ya la cena? ¿Quién no escucha  
las nocturnas pisadas en la acera  
tornarse más opacas al cruzar por la yerba  
que nos trae al amigo, al bien llegado?  
¿A quién, ya tarde, no le cuesta mucho  
despedirse y murmura generosos deseos,  
inexplicables dichas, bajo los fríos astros?

Retrato de una virgen

Ella no sabe bien lo que ha pasado.

Él era su amigo, y ahora

le ha dicho adiós.

¡Ella que lo veía

como el padre, el esposo

que iba a ser!

Ahora pasea con otra,

van riendo.

Ella no entiende  
pero se ha quedado  
quieta, como quien espera  
una orden, o como el agua  
antes de recoger la imagen  
del rostro amado.  
No se ha entregado al llanto.  
No tiene una alborotada  
imaginación. Sigue  
yendo a sus clases. Cuida  
cosas pequeñas: las libretas,  
la raya en el orden, igual  
que el pelo al levantarse.  
Hace lo mismo que antes,  
sólo un poco más triste.  
La luz que la abandona  
la dibuja un momento.  
No sabe que está sola.  
Ese ignorar la guarda.

## Sabores

Es una trattoria  
de callecita apartada  
en nuestra primera noche  
de Roma. Barre el portal  
un niño de Amicis.  
Anota el padre la orden,  
la madre, al fondo, cocina.  
Consuela la minestrone  
de frío y fiebre.  
Entramos al corazón  
de la familia.

Sarcófago de los esposos

En Villa Giulia.  
(S. VI a. de C.)

Sosteniendo las copas  
invisibles,  
familiarmente, eternamente juntos  
en el lecho  
de la fecundación y de la muerte,  
serenamente lúcidos  
y sonreídos  
(con un "sorriso triste", como dijo  
el niño a la maestra que indicaba  
con tímida dulzura tanta gloria),  
vosotros lo afirmáis hermosamente:  
No sólo el imposible  
amor,  
también las nupcias consagradas  
vencerán a la muerte.  
Gracias,  
esposos grávidos, etruscos no,  
celestes,  
brindando por nosotros.

Si mis poemas todos se perdiesen...  
Si mis poemas todos se perdiesen  
la pequeña verdad que en ellos brilla  
permanecería igual en alguna piedra gris  
junto al agua, o en una verde yerba.  
Si los poemas todos se perdiesen

el fuego seguiría nombrándolos sin fin  
limpios de toda escoria, y la eterna poesía  
volvería bramando, otra vez, con las albas.

Toma mi mano...

Toma mi mano,  
hazme sentir que estás cerca  
en la novedad de esta hora  
en que mi mano es nueva en tu mano,  
y es mi mano porque tú la tomas  
y mi pecho ha quedado silencioso como ella, anhelante,  
en el banco arrobado, suspendido por todas las estrellas.

Una cara, un rumor, un fiel instante...

Una cara, un rumor, un fiel instante  
ensordecen de pronto lo que miro  
y por primera vez entonces vivo  
el tiempo que ha quedado ya distante.

Es como un lento y perezoso amante  
que siempre llega tarde el tiempo mío,  
y por lluvia o dorado y suave hastío  
suma nocturnos lilas deslumbrantes.

Y me devuelve una mansión callada,  
parejas de suavísimos danzantes,  
los dedos artesanos del abismo.

Y me contemplo ciega y extasiada



a la mágica luz interrogante  
de un sonido que es otro y que es el mismo.

Una dulce nevada está cayendo...

Una dulce nevada está cayendo  
detrás de cada cosa, cada amante,  
una dulce nevada comprendiendo  
lo que la vida tiene de distante.

Un monólogo lento de diamante  
calla detrás de lo que voy diciendo,  
un actor su papel mal repitiendo  
sin fin, en soledad gesticulante.

Uno vuelve a subir las escaleras...

Uno vuelve a subir las escaleras  
de su casa perdida (ya no llevan  
a ningún sitio), alguien nos llama  
con una voz querida, familiar.  
Pero ya no hace falta contestarle.  
La voz sola nos llama, suficiente,  
cual si nada pudiera hacerle daño,  
en el pasillo inmenso. Una lluvia  
que no puede mojarnos, no se cansa  
de rodear un día preferido.  
Uno toca la puerta de la casa  
que le fue deparada a nuestras manos  
mortales, como un tímido consuelo.

Y cuando el tiempo torna impuro un rostro...

Y cuando el tiempo torna impuro un rostro,  
una vida que amamos en su hora  
cierta de dar, por siempre más reales  
que su verdad presente, lo veremos  
cuando lo rodeaba aquella lumbre,  
cuando el tiempo era apenas un fragmento  
de un cuerpo más espléndido, invisible.  
Todo hombre es el guardián de algo perdido.  
Algo que sólo él sabe, sólo ha visto.  
Y ese enterrado mundo, ese misterio  
de nuestra juventud, lo defendemos  
como una fantástica esperanza.

Y lo real es lo que aún no ha sido...

Y lo real es lo que aún no ha sido!  
Toda apariencia es una misteriosa  
aparición. En la rama de otoño  
no acaba el fruto sino en la velada  
promesa de ser siempre que su intacta  
forma ofreció un momento a nuestra dicha.  
Pues toda plenitud es la promesa  
espléndida de la muerte, y la visitación  
del ángel en el rostro del más joven  
que todos sabíamos que se iría antes  
pues escogía el Deseo su sonrisa nocturna.

Y sin embargo sé que son tinieblas...

Y sin embargo sé que son tinieblas  
las luces del hogar a que me aferro,  
me agarro a una mampara, a un hondo hierro  
y sin embargo sé que son tinieblas.  
Porque he visto una playa que no olvido,  
la mano de mi madre, el interior de un coche,  
comprendo los sentidos de la noche,  
porque he visto una playa que no olvido.  
Cuando de pronto el mundo da ese acento  
distinto, cobra una intimidad exterior que sorprende,  
se oculta sin callar, sin hablar se revela,  
comprendo que es el corazón extinto  
de esos días manchados de temblor venidero  
la razón de mi paso por la tierra.

---

Y SIN EMBARGO SÉ QUE SON TINIEBLAS

Y sin embargo sé que son tinieblas  
las luces del hogar a que me aferro,  
me agarro a una mampara, a un hondo hierro  
y sin embargo sé que son tinieblas.

Porque he visto una playa que no olvido,  
la mano de mi madre, el interior de un coche,  
comprendo los sentidos de la noche,  
porque he visto una playa que no olvido.

Cuando de pronto el mundo da ese acento  
distinto, cobra una intimidad exterior que sorprende,  
se oculta sin callar, sin hablar se revela,

comprendo que es el corazón extinto  
de esos días manchados de temblor venidero  
la razón de mi paso por la tierra.

#### SI MIS POEMAS

Si mis poemas todos se perdiesen  
la pequeña verdad que en ellos brilla  
permanecería igual en alguna piedra gris  
junto al agua, o en una verde yerba.

Si los poemas todos se perdiesen  
el fuego seguiría nombrándolos sin fin  
limpios de toda escoria, y la eterna poesía  
volvería bramando, otra vez, con las albas.

#### VISITACIONES

1

Cuando el tiempo ya es ido, uno retorna  
como a la casa de la infancia, a algunos  
días, rostros, sucesos que supieron  
recorrer el camino de nuestro corazón.  
Vuelven de nuevo los cansados pasos  
cada vez más sencillos y más lentos,

al mismo día, el mismo amigo, el mismo  
viejo sol. Y queremos contar la maravilla  
ciega para los otros, a nuestros ojos clara,  
en donde la memoria ha detenido  
como un pintor, un gesto de la mano,  
una sonrisa, un modo breve de saludar.  
Pues poco a poco el mundo se vuelve impenetrable,  
los ojos no comprenden, la mano ya no toca  
el alimento innombrable, lo real.

2

Uno vuelve a subir las escaleras  
de su casa perdida (ya no llevan  
a ningún sitio), alguien nos llama  
con una voz querida, familiar.  
Pero ya no hace falta contestarle.  
La voz sola nos llama, suficiente,  
cual si nada pudiera hacerle daño,  
en el pasillo inmenso. Una lluvia  
que no puede mojarnos, no se cansa  
de rodear un día preferido.  
Uno toca la puerta de la casa  
que le fue deparada a nuestras manos  
mortales, como un tímido consuelo.

3

El que solía visitarnos, el que era  
de todos más amado, suave vuelve  
a la sala sencilla, cada día  
más real y más leve, ya de humo.  
¿Cuándo tocó la puerta? No podemos  
recordarlo. Estaba allí, estaba!  
Y no se irá jamás ni puede irse.

No nos trae la memoria las palabras  
del adiós. Sólo podrá volverse  
por la puerta de un ruido, de un llamado  
de ese mundo que borra, ignora y vence.

4

¿Qué caprichosa y exquisita mano  
trazó, eligió ese gesto perdurable,  
lo sacó de su nada, como un dios,  
para alumbrar por siempre otra alegría?  
¿Participabas tú del dar eterno  
que dejaste la mano humilde llena  
del tesoro? En su feliz descuido  
adolescente ¿derramaste el óleo?  
¿Qué misterio fue el tuyo, instante puro,  
silencioso elegido de los días?  
Pues ellos van tornándose borrosos  
y tú te quedas como estrella fija  
con potencia mayor de eternidad.

5

Y cuando el tiempo torna impuro un rostro,  
una vida que amamos en su hora  
cierta de dar, por siempre más reales  
que su verdad presente, lo veremos  
cuando lo rodeaba aquella lumbre,  
cuando el tiempo era apenas un fragmento  
de un cuerpo más espléndido, invisible.  
Todo hombre es el guardián de algo perdido.  
Algo que sólo él sabe, sólo ha visto.  
Y ese enterrado mundo, ese misterio  
de nuestra juventud, lo defendemos  
como una fantástica esperanza.

6

Y lo real es lo que aún no ha sido!  
Toda apariencia es una misteriosa  
aparición. En la rama de otoño  
no acaba el fruto sino en la velada  
promesa de ser siempre que su intacta  
forma ofreció un momento a nuestra dicha.  
Pues toda plenitud es la promesa  
espléndida de la muerte, y la visitación  
del ángel en el rostro del más joven  
que todos sabíamos que se iría antes  
pues escogía el Deseo su sonrisa nocturna.

7

A aquel vago delirio de la sala  
traías el portal azul del pueblo  
de tu niñez, en tu silencio abríase  
una lejana cena misteriosa.  
Cayó el espeso velo de los ojos  
y al que aguardó toda la noche abrimos.  
Partía el pan con un manto de nieve.  
Con las espaldas del pastor huíste,  
cuando volviste el rostro era la noche,  
todo había cambiado y sin embargo  
en la granja dormían tranquilas las ovejas.

8

¿No sentías que ardía tu corazón  
cuando nos hablaba de las Escrituras?  
(Los peregrinos de Enmaús)

Huésped me fue palabra misteriosa.  
Huésped es el que viene de muy lejos,  
de algún pueblo que nunca habremos visto.  
Huésped es el que viene por la noche,  
toca la aldaba de la puerta y todo  
el umbral resplandece como nieve.  
Huésped es quien se sienta a nuestra mesa  
sólo por una noche, y no se acierta  
sino ya a oír lo que su boca dijo.  
Huésped es el que alegra con su rostro,  
y alumbra con sus manos nuestro pan,  
y no logramos recordar su nombre.  
Huésped es el que ha de partir, al alba.

9

There is a wind where the rose was.

Walter de la Mere

Oh vosotras, lámparas del otoño,  
más fragante que todos los estíos!  
¿Por qué ha de ser aquel que devenimos  
con el tiempo, más real, menos efímero,  
que aquel que fuimos a tus luces pálidas?  
¿Por qué el polvo desierto, la agonía  
junto a las armas bellas, quedan sólo  
del resplandor de la victoria? Lejano  
es todo vencimiento. En otro espacio  
sucede, más allá del moribundo  
rostro que hunde la gloria y deja ciego  
junto al viento que lleva las banderas  
espléndidas que huyen. Fiera es toda victoria.



10

Amigo, el que yo más amaba,  
venid a la luz del alba.

Cómo ha cambiado el tiempo aquella fija  
mirada inteligente que una extraña  
ternura, como un sol, desdibujaba!  
La música de lo posible rodeaba tu rostro,  
como un ladrón el tiempo llevó sólo el despojo,  
en nuestra fiel ternura te cumplías  
como en lo ardido el fuego, y no en la lívida  
ceniza, acaba. Y donde ven los otros  
la arruga del escarnio, te tocamos  
el traje adolescente, casi nieve  
infantil a la mano, pues que sólo  
nuestro fue el privilegio de mirarte  
con el rostro de tu resurrección.

11

Since I have walk'd with you through shady lanes...  
Keats

¿Quién no conoce ese sendero en sombras,  
ese continuo hablar, interrumpiéndose  
el uno al otro amigo, en el gozoso  
diálogo hasta la puerta de la casa,  
servida ya la cena? ¿Quién no escucha  
las nocturnas pisadas en la acera  
tornarse más opacas al cruzar por la yerba  
que nos trae al amigo, al bien llegado?  
¿A quién, ya tarde, no le cuesta mucho  
despedirse y murmura generosos deseos,  
inexplicables dichas, bajo los fríos astros?

...qui laetificat juventutem meam...  
Sólo vosotras, bestias, claros árboles,  
podéis seguir! Mas, eterno es el hombre.  
Salvaje privilegio de la muerte,  
heredad sólo nuestra, mientras derrama el astro  
su luz sobreviviente sobre ese rostro altivo  
de ser fugaz, junto a los ciclos fijos,  
y ese verdor, eterno! Se fue yendo  
la gloria de los rostros más amados,  
y tornamos, como ola ciega, al tiempo  
del cuerpo incorruptible que esperaste  
y no pudimos retener, llorando  
en la perdida lámpara, las voces,  
lo que encuentro creímos y es partida.  
Oh lo real, el mundo en el misterio  
de nuestra juventud, que nos aguarda!  
Nos ha sido prometida su alegría.  
Nos ha sido prometido su retorno.  
Eres lo que retorna, oh siempre lo supimos.  
Pero no como ahora, amigo mío.